



REVISTA DE LOS CAZADORES.

APUNTES SOBRE ARMAS Y CAZA.

(Conclusion.)

El principiante debe primero observar si vé mejor con un ojo que con otro; y en este caso, que es más comun de lo que se cree, se resolverá inmediatamente á tirar del lado con cuyo ojo vé mejor. Si es con el izquierdo, usará la mano izquierda para las llaves y la derecha para sostener y guiar la escopeta, llevando por lo mismo ventaja sobre los que tiren á derechas, por tener el brazo más fuerte, en general, para el manejo del peso del arma. Si vé igualmente con los dos ojos, hará muy bien en acostumbrarse desde el principio á tirar indistintamente á ambos lados, lo cual no es tan difícil como parece, y en muchos sitios es muy útil, sobre todo en puestos, ojeos y ocasiones en que no hay entera libertad de movimiento. Además debe acostumbrarse á no cerrar un ojo para apuntar con el otro, pues no varía la puntería por tener los dos abiertos. Al saltar una pieza fijará la vista en ella, llevará con prontitud, pero sin acelerarse, la culata al hombro, y así que se cruce el punto con la pieza soltará el tiro, oprimiendo gradualmente el gatillo y no parando la esco-

peta, lo que indudablemente hará si dá un tiro de repente; y si la pieza no ha caído ó está solo herida, mudará el dedo al otro gatillo, y asegurándose de que el punto está sobre la pieza, le soltará el otro tiro. Aunque yerre varios tiros, no se debe alterar por ello, sino continuar con calma, acostumbrándose á usar con serenidad sucesivamente los dos cañones y á tirar con prontitud, con lo que podrá aprovechar el primer tiro á tenazon y el segundo de cuarenta á cincuenta varas, que es distancia á que se mata casi con seguridad, mientras que el que se acostumbre á apuntar mucho tirará su primer tiro á esta última distancia, no pudiendo hacer uso del segundo hasta las sesenta ú ochenta varas, tiro más dudoso, ó dejará de tirarlo por temor á la distancia, y no adquirirá soltura en el uso del segundo cañón, requisito indispensable para llegar á ser buen cazador. No se crea por esto que recomiendo el que se tire el primer cañón á ménos de veinte pasos y destrozar las piezas, pues en caso de arrancar bajo los piés, lo que se debe hacer es no echarse la escopeta á la cara hasta que hayan corrido ó volado esta distancia, y esto basta para no contraer el vicio de hacerse pesado en la



puntería, que es lo que más trabajo cuesta para corregirlo.

Para las piezas que huyen en línea recta, se debe apuntar más bien alto que bajo, por la razón que ya he indicado en otro sitio; á las que cruzan por delante tírese á la cabeza, prefiriendo cuando se pueda para las que van hacia la izquierda, el cañon derecho, y para las que caminan hacia la derecha, el cañon izquierdo, porque como á distancia (por estar más juntas las bocas que las recámaras) cruzan un poco los tiros, hay ménos probabilidad de que se queden detrás.

Téngase presente que la inmensa mayoría de los tiros que se pierden es por quedarse cortos ó bajos, y como la mayor parte de las armas no tienen la elevación que debían, vale más apuntar en todos casos más alto que bajo.

Una vez descargada la escopeta, se debe cargar en caliente, sobre todo en invierno ó tiempo húmedo, quitando *antes* en las de piston los pistones viejos, y dejando los martillos *sobre las chimeneas*, hasta acabar de cargar, que es cuando se pondrán los nuevos, y *nunca antes*. Los martillos se llevarán siempre en el seguro, excepto en el momento de ir á usar la escopeta; por esto los seguros bajos, que solo levantan el martillo lo bastante para que no descansen sobre el piston, son los mejores, pues además de no cansar los muelles, ofrecen la ventaja de verse á primera vista cuándo están montadas las llaves, evitándose así muchas ocasiones de desgracias.

No dejaré de recomendar con insistencia el mayor cuidado en llevar el arma siempre de modo que la boca no se dirija jamás hacia los compañeros; y si entre ellos hubiera alguno que no pueda ó no quiera observar esta regla, aconsejaré siempre que si se sale bien de la primera cacería, que no se vaya con él á la segunda. Yendo en mano, se debe cuidar de no adelantarse ni atrasarse de la línea de los compañeros ni tirar á las piezas que salgan recorriendo el frente, mientras no formen con el cazador inmediato un ángulo de 45 grados. Si salta un bando de perdices, en vez de tirar al bulto con la idea de derribar varias, se deben escoger las de las orillas, y usando con rapidez los dos cañones, es más seguro quedarse con ellas, se luce más y no se adquiere la nota de cazar

con avaricia y no por gusto, cuya reputación en la mayor parte de los casos suele cerrarle á muchos la entrada de cotos, que se abren con gusto á los aficionados, que aunque maten más caza estropean y desperdician ménos, que es lo que desea el cazador en regla.

En ojeo no se debe nadie mover del sitio donde le toca quedarse; y despues de enterarse minuciosamente de la posición de los otros, cuidará de tirar solo al frente con corta diferencia, ó cuando haya pasado de la línea detrás de los tiradores; y cuando lleguen cerca los ojeadores se pondrá mucho cuidado en no tirar hacia ellos. Nada digo de tirar á la caza que se dirige á otro, ni tirar á la que otro ha estropeado, de forma que no se puede marchar, porque estas cosas y otras por el estilo no se hacen entre aficionados que merezcan este nombre, y solo producen disputas y disgustos.

El aficionado que desee tener un perro bueno, hará bien en tomar uno á prueba, y si es bueno comprarlo, porque por caro que le cueste, le saldrá más barato que el criarlo y amaestrarlo, y se ahorrará mil impertinencias, y la probabilidad de que despues de todo no le aproveche. En cazando bien y cerca, no rompiendo *nunca* la muestra, quedándose quieto al tiro hasta que se le mande cobrar la pieza, y recobrando y trayendo bien á la mano, yo creo que no hay que exigir más al perro; y en reuniendo esas circunstancias no me importa de qué raza es. En general, para el centro y medio de España, el perdiguero es el perro más útil, porque se sofoca ménos que los de pelo largo, que con rarísimas excepciones no pueden resistir tanto calor. El pacho navarro es muy bueno, pero suele ser pesado. Los que llaman *setter* y *pointer* (perros ingleses) son inmejorables para Inglaterra, pero cazan muy largo y no cobran ni traen bien. Para caza de pantano y de agua es bueno un perro de San Juan de Terranova, que no se acobarda con el frío ni el agua, y tiene muy buenos vientos. Sea el perro de la casta que se quiera, se le debe enseñar á que, sin tener que gritarle, obedezca á la más pequeña seña de la mano, evitando así el espantar la caza. Para puestos y ojeos hay que castigarles mucho para lograr que permanezcan echados sin moverse ni por voces ni por tiros, hasta que

concluido el ojeo se les mande buscar la pieza herida. Yo he tenido un perro que en ojeo se echaba á mi lado, y no se movia aunque tirase, ni aunque, como alguna vez sucedió, le pasara una liebre ó un conejo por encima de sus costillas, sin dar muestras de su emocion más que temblarle los labios y las orejas. Si no se puede conseguir esta inmovilidad, vale más dejarlos en casa.

No me detendré en dar noticias sobre el modo de cazar, pues muchos lo han hecho ya y seguirán haciéndolo, y porque es de suponer que el principiante irá en compañía de otros de más práctica. Sólo le recomiendo que siga mis consejos en la parte de eleccion y uso de armas, que como no se fundan en modas ni caprichos, y sí solo en la experiencia de varios cazadores y hombres científicos, y en lo que yo con igual imparcialidad, aunque ménos saber, he observado, creo que podrán serle de alguna utilidad.

Otro día aumentaré estos apuntes con cuatro palabras sobre armas y cazas especiales, que serán de más interés para parte de los aficionados á esta diversion.

M.

CAZA DEL RINOCERONTE.

EN ÁFRICA,

POR ROUALEYN GORDON CUMMING.

Hay cuatro variedades de rinocerontes en el Sur del Africa, que distinguen los *Bechuanas* (1) por los nombres de *Borelé* ó *rinoceronte negro*; el *Kelloa* ó *rinoceronte negro con dos cuernos*; el *Muchocho* ó *rinoceronte blanco comun*, y el *Kobaoba* ó *rinoceronte blanco de cuerno largo*. Ambas clases de rinocerontes negros son extremadamente feroces y peligrosos, arrojándose de cabeza y sin provocacion contra cualquier objeto que les llama la atencion. Nunca engordan mucho, y su carne es dura y no muy apreciada por los *Bechuanas*. Su alimento casi exclusivo son las ramas espinosas de los espinos que llaman los *Boers holandeses*, espérate un poco, por lo que se agarran sus uñas á la ropa y carne al rozarse con ellos. Sus cuernos son mucho más cortos que los de las otras variedades, pasando rara vez de diez y ocho pulgadas. Tienen mucho lustre, por afilarlos constantemente contra los árboles. El cráneo tiene una forma particular, notándose mucho la inmensa osificacion gruesa en que

concluye encima de la nariz, sobre la que asientan los cuernos. Estos no están fijados sobre el cráneo, y tan solo son adherentes á la piel, pudiéndose separar de la cabeza con un cuchillo bien afilado. Son duros y completamente macizos en toda su extension, y ofrecen buen material para vasos, mazos para rifles, puños de herramientas de tornear, etc. El cuerno es susceptible de un pulimento muy fino. Los ojos del rinoceronte son pequeños y brillantes, y no observan con prontitud al cazador, siempre y cuando que no les eche el viento. La piel es extremadamente gruesa é impenetrable para las balas que no estén endurecidas con estaño.

Durante el día se hallarán los rinocerontes tendidos dormidos, ó perezosamente parados de pié á la sombra de las mimosas (1) aparasoladas, en alguna parte retirada de los bosques, ó al pié de las montañas para resguardarse de los rayos del sol. Por la tarde comienzan su excursion nocturna, recorriendo dilatados espacios de terreno. Suelen visitar las fuentes entre nueve y doce de la noche, siendo entonces cuando se pueden cazar con mejor éxito y ménos peligro. El rinoceronte suele padecer vértigos de furor sin motivo, labrando muchas veces la tierra con el cuerno por muchas varas, y embistiendo del modo más violento á las grandes matas, durante horas enteras á cornadas, resoplando y bufando, sin abandonarlas, en general, hasta destrozarlas completamente, demostrando su enorme fuerza y su carácter indomable.

Las cuatro castas se deleitan en revolcarse en el cieno, del que suelen llevar cubierta su áspera piel. Las dos clases de rinocerontes negros son menores y más ligeros que los blancos, y tan corredores, que un caballo con ginete los alcanza con dificultad. Las dos clases de blancos son de costumbres tan parecidas, que la descripcion de una de ellas puede servir para las dos; consistiendo su principal distintivo en la longitud y direccion de su último cuerno, teniéndolo el *Muchocho* de dos á tres piés de largo, inclinado hácia atrás, mientras que el del *Kobaoba* excede muchas veces de cuatro piés, y se inclina desde la nariz hácia adelante en ángulo de 45 grados. El cuerno posterior de ambos rara vez pasa de seis á siete pulgadas de largo. El *Kobaoba* escasea más y se encuentra muy tierra adentro, principalmente al Este del río *Limpopo*. Las dos clases llegan á un tamaño enorme, siguiendo en magnitud al elefante. Se alimentan solo de yerba, engordan mucho, y su carne es excelente y preferible á la de vaca. Son más tranquilos é inofensivos que los rinocerontes negros, cargando pocas veces contra sus perseguidores. Son mucho

(1) Tribu de Cafrería.

(1) Arbol frondoso africano.

ménos veloces que los otros, y un hombre bien montado puede alcanzarlos y tirarlos. Su cabeza es un pié más larga que la del *Borelé*. Generalmente la llevan baja, mientras que el *Borelé* cuando lo incomodan la lleva muy erguida, lo cual le da un aire descarado y libre. Al contrario de los elefantes, nunca se reúnen en manadas, y siempre se les encuentra solos ó en parejas. En distritos donde abundan, pueden hallarse de tres á seis en compañía, y yo ví una vez sobre doce que estaban juntos en un prado de yerba tierna; pero tal ocurrencia es muy rara.

Constantemente les acompañan, así como también al hipopótamo, unas aves que llaman *pájaros del rinoceronte*, cuyo objeto es alimentarse con las garrapatas y otros parásitos que pululan sobre estos animales. Son de color ceniciento y casi tan grandes como el tordo común; su voz es muy parecida á la del tordo malvis ó zorzal. Muchas veces me han estorbado estos siempre vigilantes pájaros al acercarme á mi presa, tentándome á invocar maldiciones sobre ellos. Son los mejores amigos del rinoceronte, y casi nunca dejan de despertarle de su más profundo sueño. El *Chukuroo* (1) comprende perfectamente su aviso, y levantándose de pronto, suele mirar en torno suyo, escapando en seguida.

Muchas veces he cazado á caballo un rinoceronte, que me ha hecho dar una larga carrera de muchas millas, necesitando muchos balazos antes de caer, y durante ella varios de estos pájaros lo acompañaron hasta el fin. Me recordaban á los marineros sobre la cubierta de algun buque navegando por el mar, pues se mantenían sobre el lomo del rinoceronte, y cuando una de mis balas chocaba con su paletilla, saltaban unos seis piés por el aire lanzando su áspero grito de alarma, y volvían á ocupar sus puestos. A veces sucedía que una rama baja de algun árbol, bajo la cual pasaba el rinoceronte, los barria de su embarcación viviente, pero siempre volvían á su sitio. También se quedan con él por la noche: muchas veces he muerto á rinocerontes á media noche mientras bebían en las fuentes, y los pájaros, creyendo que dormían, los acompañaron hasta la mañana, y al acercarme hacían los mayores esfuerzos, antes de echar á volar, por despertar á *Chukuroo* de su letargo.

El 4 de Junio fué cuando ví por primera vez al rinoceronte. Habiendo tomado café salí solo á caballo, con mi rifle, y antes de caminar mucho tropecé con un enorme rinoceronte blanco, con una cria grande, parados en un bosque de espinos. Al olfatear-

me arrancó á escape al través de los espesos y espinosos matorrales, tomando (según su invariable costumbre) la cria la delantera, y guiándola la madre, apoyando su cuerno (largo en general de tres piés) contra sus costados. Al principio se asombraba mucho mi caballo, asustado por el raro aspecto del *Chukuroo*; pero á espolazos y latigazos le hice seguirlo, y pronto, favoreciéndome el terreno, me puse á su costado, y tirando al galope le planté una bala en la paletilla. Continuó su carrera chorreando la sangre de su herida, y pronto alcanzó un espeser espinoso impenetrable, donde no pude seguirle, y le perdí al momento. Media hora despues encontré un segundo rinoceronte, macho viejo de la especie blanca. Desmontando me arrastré hasta veinte varas, saludándole con dos tiros en la paletilla, cuando se largó dando estrepitosos resoplidos y derribando cuanto estorbaba su carrera.

Á poco tiempo me encontré en las orillas del arroyo á cuya inmediación habia desunido mis galeras. Siguiendo su márgen, en breve ví un macho de la casta negra ó *Borelé*, parado á cien varas de mí. Apeándome, até mi caballo á un árbol y me acerqué cubierto por una mata grande y espesa hasta veinte pasos de la enorme bestia. *Borelé*, que me habia oído, se acercó á ver lo que era, y de repente asomó su cornudo hocico á pocos pasos de mí. Sabiendo bien que un tiro de frente no sería mortal, salté sobre los piés y me fuí á la carrera detrás de la mata. Entonces el tunante cargó sobre mí bufando recio y persiguiéndome alrededor de la mata. Si su agilidad hubiera igualado á su fealdad, mis viajes hubieran concluido allí; pero mi mayor ligereza me dió la ventaja en las revueltas. Parándose para mirarme al través de la maleza unos instantes, notó mi olfato, alarmándose al momento, y dando un ruidoso bufido y levantando su pequeño pero insolente rabo, volvió grupas, dejándome por dueño del campo, y recibiendo él entonces una bala al través de las costillas para enseñarle mejor educación.

Volví á mis galeras, y montando otro caballo salí otra vez acompañado de todos mis perros. Poco habíamos caminado cuando los perros se lanzaron hácia adelante siguiendo alguna pista. Espoleando mi caballo seguí á través de la espinosa maleza lo mejor que pude, y llegado á un claro ví dos enormes rinocerontes blancos trotando delante de mí. Mis perros los atacaron con furia, siguiéndose una escena de palpitante interés. Mi viejo *Tordillo*, al verlos, aguzó las orejas, pareciendo poco dispuesto á seguirlos; pero una fuerte aplicación de espuelas le recordó sus deberes, y pronto me hallé á diez pasos del mayor, enviándole una bala por la espalda. El *Tordillo* se asombraba mucho y se manejaba muy mal, y en una ocasión á consecuencia de esto, viéndose detenido el rino-

(1) Nombre general del rinoceronte entre los cafres.

ceronte en su carrera por un recodo del río, se revolvó, cargando sobre mi escapándome con trabajo. Después, poniéndome á galope sobre su costado, le di una grave herida en el codillo, y se aculó pronto en el cauce seco de un río. Apeándome principié á cargar, pero antes de acabar escapó de nuevo. Lo seguí, poniendo los pistones ya montado, y alcanzándolo por el lado hice un buen tiro desde la silla, al galope. La bala entró alrededor del corazón. Al recibir este tiro se tambaleó, corriendo la sangre á borbotones de su boca y heridas, y cayó dando la vuelta. Al espirar dió un grito agudo, como invariablemente lo hacen los rinocerontes en la agonía.

Aquella noche dormí bajo la estrellada bóveda azul del cielo. Mi sueño fué tranquilo y dulce, sin turbar mi reposo ni sueños desagradables ni cuidados.

R. A. M.

UNA CACERÍA EN ANDALUCÍA.

I.

¡Andalucía.... cuán risueña, cuán alegre y cuán hermosa eres! ¿Cuál será el cazador que en una tarde de primavera no haya dormido una siesta en las floridas márgenes del Majaceite?

Allá en la ribera de la Plata, bajo la sombra de un vetusto sauce, cuyo vistoso ramaje en forma de caprichosas guirnalda juega, se columpia, se sumerge y besa suavemente las cristalinas aguas; ó al pié de una frondosa acacia ó de un silvestre granado, cuyas mil flores de escarlata y rosa se retratan y multiplican en el apacible río; allí cuando los ruiseñores cantan con sus trinos de angélica melodía; cuando el cáfiro blando, sutil y cariñoso corre perfumado con la esencia de las flores; allí recostado el cazador dormita el sueño de las delicias, reclinada su cabeza en el capotillo, rendida el arma sobre sus piernas, y el perro, su fiel compañero, jadeante, descansando á sus piés.

Allí el hombre vé ante sus ojos en su primitiva pureza la gran obra de Dios, y su fantasía, conmovida por los recuerdos santos de la niñez, corre inflamada como lava ardiente de un volcan, y del mundo espinoso de las miserias vuela y se levanta hasta llegar recogido ante el pórtico sacrosanto del mundo de la verdad divina: y allí el perfume de los inciensos, los místicos cantares de los arcángeles, el eco de los clarines de los mil querubes que rodean el Trono del Señor, en sagrado éxtasis le embriagan, y postrado en adoración divina dirige tímida su mirada hácia la tierra.... y vé al hombre en su primitiva creación rodeado de las delicias del Paraíso, y á su lado vé también la serpiente de la desdicha. Vé la cumbre del Gólgota, y sobre ella vé una Cruz:

y vé á Juan el Evangelista, y á Pedro el pescador, y á Judas el traidor: y vé á María la Santa, que afligida llora, y al pueblo de Jerusalem que grita y aulla por la sangre de la víctima.... y en medio de la terrible convulsión del Globo, oye el último suspiro del Santo de los Santos....

Y vé luego á Roma, el Capitolio, el circo de Neron y el trono de San Pedro.... y la culpa lavada con sangre santa é inocente. Y vió entonces á Roma Católica levantarse triunfante sobre las ruinas del templo de la Concordia de la piscina de Diana y del palacio de los Césares de la Roma pagana.... Y vió también que en la tierra la iniquidad levantára su trono de oropel sobre escombros y ruinas de ciudades y aldeas, alcázares y chozas, oprimiendo bajo sus piés á la inocencia y la virtud desnuda....

Y.... no vió más: lanzando un grito el cazador, despierta; dirige una mirada en derredor; oye el canto dulce de las silvestres aves y el lento murmullo del manso río, que en sus aguas reberva los últimos rayos del sol que muere; las frescas brisas bañan su ardorosa frente, y rodando de sus ojos una lágrima y asomando en sus labios la sonrisa, mira entusiasta con el alma al cielo, y su boca murmura una plegaria.

¡Cuán bellos y risueños paisajes contempla el cazador desde la margen derecha de ese río! A su frente las alegres llanuras de La Perdiz con su monte de flexibles y pálidas retamas. A la espalda, majestuosas se destacan las elevadas sierras de las Cabras y Alazar, divididas por el tajo que forma la medrosa parada de la boca de la Foz, por donde el arroyo de Bogáz, en cadencioso y monótono son corre blanco, espumoso y cristalino cual millares de perlas del oriente; y ya se precipita sobre parduscos peñascos en caprichosas y fantásticas cascadas, ya se esconde y reaparece tranquilo al pié de añosas encinas, jugando, riendo y saltando, cual el niño alegre y caprichoso que corre y juguetea entre las selvas. Allá hácia la derecha, y como punto perdido entre el verdoso follaje de corpulentos acebuches, reluce blanca como la nieve la ermita del Mimbrial. Más á la derecha aún, levanta altivo su cabeza el cerro de la Horca, guarida antes de lobos y jabalies, y que hoy presenta su cráneo desnudo y ceniciento, donde la mano del hombre ostenta su poder, su industria y sus trabajos. Y á la izquierda, y entre la bruma y los celages, se aperciben como blancos fantasmas los alegres caseríos de las vegas de Elvira.

¡Oh mi patria, mi graciosa Andalucía; cuán hermosa eres y cuánto te adoran tus hijos!

II.

Me propongo referir una cacería en este país á mis compañeros de *afición*. Nada nuevo habré

tal vez de decirles; pero en cambio habrán de permitirme las formas un tanto novelescas para dar más animación y otra entonación al cuadro.

En cuanto al fondo, esto es, respecto á las costumbres, de su autenticidad respondo.

Trátase de la apertura de un coto de conejos después de terminada la veda, y ya comprendéis que el asunto permite y autoriza un extraordinario desahogo al corazón del andaluz; advertencia que quiero dejar consignada, para que no vayais á creer, después de leído este mal pergeñado trabajo, que en este país todo es fiesta, bacanal y alegría, porque aquí, como en todas partes, se hacen números hasta con los dedos de los pies en los ratos de ocio y de insomnio; se aprietan los dientes y se traga saliva, y se hace uno el *lipende* siempre que es necesario.

Estamos en Jerez, la rica, la industriosa, la ciudad de las viñas, la de los grandes cortijos, la de las inmensas dehesas. ¡Qué hermoso y apacible silencio! el infernal ruido de los carros cargados de botas que durante el día causa el espanto de los extranjeros, y el continuo renegar de los oficinistas, ha cesado por ventura: el eterno gritar de los vendedores ambulantes, el monótono pregon de los ciegos, la algarabía de los mozos y granujas, y ese inmenso vaiven de la población agrícola, industrial y populosa, parece que reposa postrada de cansancio: solo suena de vez en cuando el pito de los serenos y el clarín del bombo que en su último viaje corre la vía de sangre desde la estación: flota un vientecillo fresco y agradable: la ciudad empieza á bostezar, y desplegando sus blancas sábanas prepárase á dormir, al paso que la mano de la noche marca en el reloj de la colegial la hora de las doce.

En una calle estrecha y tortuosa, que por su nombre y estructura recuerda eternamente la época de los árabes, en medio de las sombras de la noche que la envuelve, reluce un punto luminoso, producido por una lámpara de gas, que después de inundar de pálida y refulgente luz la estancia de cuya techumbre cuelga, arroja el excedente á la calle por los cristales de la puerta. Y como si la alegría y la luz rebosaran en esa estancia, los ecos placenteros y los torrentes de luz salen y se desbordan hasta perderse en la lobreguez de la calle y en el silencio de la noche.

Esa estancia de donde brota la luz y la alegría, es el *Círculo de cazadores*.

¿No oís en el silencio nocturno de la última hora esos ecos alegres y risueños? ¿Esa veintena de voces, casi todas juveniles, que en variados tonos hablan, rien y exclaman á un tiempo?—Pues ellos son los socios, los alegres cazadores.

En derredor de una mesa de forma elíptica, que cubre un tapete grana, diversas figuras se destacan más ó menos, según los efectos de luz de la

lámpara de gas, presentando á la vista del observador un cuadro brillante, heterogéneo tal vez, pero chispeante, alegre y bullicioso.

¡Oh! El que no tenga la costumbre de dormirse temprano, y dedique á esa sociedad la última hora de la noche, de seguro que el tiempo correrá para él tan veloz como el pensamiento, y se retirará al hogar doméstico con el humor más festivo del mundo. No parece sino que el ángel de las alegrías, batiendo constantemente sus alas sobre esa sociedad, aleja y ahuyenta los negros y melancólicos espíritus de las tristezas.

Y en cuanto á franqueza y cordialidad, tampoco podrá darse otra sociedad que ostente mejores timbres. Ni el ceremonial ni la etiqueta asomarán jamás por su puerta su tétrica cabeza; ni las jerarquías sociales, ni los escudos de armas, ni los diplomas, ni el busto de oro: allí el gran grupo social se desquicia y desbarata, y en el hombre sólo se mira el cazador.

Si queréis disfrutar del trato ameno de ese círculo, acercaos; no hay necesidad de que nadie os presente: mostrad vuestra faz tostada por el sol, ó pronunciad el nombre de un podenco ó un pachón, ó ponderad las excelencias de un reclamo, y la sociedad inmediatamente os franqueará sus puertas, ofreciéndos su mejor asiento.

Desde el título de Castilla hasta el honrado y modesto cazador, que solo vive de su escopeta, encuéntranse allí apiñados y confundidos en medio de la alegría, del bullicio y la animación.

¡Oh, la caza! ¡La caza, esa pasión inocente, que tantos goces lleva al seno de la familia; ese lazo de amistad y fraternidad, que á todos nos estrecha y une! Ante esa palabra mágica caen hechas trizas todas las jerarquías sociales, y todos son hermanos.

Permitanseme algunos apuntes biográficos de los más notables de los socios.

La hermosa y sonora voz del presidente suena: el *bachiller Tello*. ¡Lo que es el mundo y lo que es el capricho de la suerte!—¡Oh, lo que va de ayer á hoy!

Este personaje, antiguo director de cuadros vivos, entusiasmó siempre al público espectador con sus cuadros mimicos, plásticos y mitológicos. ¡Quién no le vió con el arco y la flecha de Cupido, volar riente y candoroso hasta herir de muerte el corazón de Calipso!—¡Oh temporal!

Todo cansa, todo hastia: las palmas y los aplausos llevaron el tedio á su alma, y dejando su cohorte de niñas y vestales, se dedicó al estudio y ganó el grado.

Vedle: jóven aún, simpático, socarrón, taimado é incisivo en sus chistes, es el alma de la sociedad del Círculo, y de paso el hombre del arma terrible. Cuando con énfasis habla parece que está hueco desde el exófago al intestino recto.

Cuando presenta el arma y apunta, hay que huir.

El *angelical Carrasco* se destaca del grupo en primer término. Hélo allí, siempre riendo: es el hombre más festivo del mundo. Candoroso é impresionable como una sensitiva, tiene la feliz originalidad de aburrirse de todo. Observadle: de pronto sale del grupo, se asoma á la puerta, dirige unas cuantas miradas á las aceras de la calle, é instantáneamente vuelve á su puesto, estremecido y convulso con el contacto de unas enaguas.

Zeñologuito es otro de los tipos más notables del cuadro. Con su camisa abigarrada, el sombrero inclinado al ojo derecho y el enorme baston que jamás abandona, representa la lucha agonizante de nuestras antiguas costumbres andaluzas, que mueren y se extinguen bajo la mano invasora del coloso del capricho, el hálito del Pirineo. El sastre de la elegancia le ajusta el levisac, el chaleco de la última, la corbata *comme il feau*; ¡pero qué! el garbo y la apostura del andaluz amolda á su manera el vestido, reluce el aire de *jaque*, y haciéndoos mil guiños, gorgoritos y puchereros, os entona á lo mejor un *polo*.

Lo mismo se arma de muleta y estoque, y parando los pies echá á rodar un *utrero* de una soberbia por lo *rubio*, que se vuelve con desplante al ruido de unas faldas, y suelta dos píropos á una dama.

El *Sargento Tragabolas* es otro tipo que no merece por cierto oscurecerse. Aunque parece esquivo, receloso y cascarrabías, en él fracasa el vulgar adagio de que el rostro, etc.: hay corazon, sensibilidad exquisita, y es propenso, propensísimo al desarrollo de las pasiones volcánicas. Es un hombre felicísimo: cobra su prez; durante el día se dedica á la enseñanza de perros pachones, y por la noche al merodeo de voluntades esquivas.

También él como Colón debiera cubrir su frente de mirtos y laureles. Descubridor aquel de un Nuevo Mundo, el Sargento ha descubierto vías recónditas y subterráneas por donde huye, desaparece y se escurre, cuando en sus nocturnas carcerías siente la huella del lobo ó loba que un suspiro le demanda.

Pero calla, que el *compadre Mastuerzo* oculta su obesa figura tras la no ménos respetable del *Zambombo*.

El tal compadre es un tipo muy notable. ¡Qué hermosísima faz de patriarca, y que risita tan cáustica, tan pertinaz y eterna.

¡Pobres fondistas! Sois perdidos si al leer el compadre el anuncio de mesa redonda asoma por vuestro comedor. Parapetado tras del anuncio, y hecho fuerte como el turco que se acoge al precepto del Korán, apurará todos vuestros bastimentos, quedándoos únicamente el placer de haberle visto comer, y el propósito firme de borrar su nombre del mapa.

Le ví una vez engullirse dos jamones, tres perdices y una pava, y continuó impávido riendo, fumando y cazando.

Su pesadilla en la caza es el Zambombo. Si, el Zambombo, que es ya planta exótica de esa sociedad. Cayó en desgracia porque *lió los trapos*, se fué á su casa y dijo: *Otro se divierte*.

Á la luz de la lámpara que oscila, porque el gasómetro empieza á cortar el hilo, se observan confusamente al jóven conde de X, *Lindorito el Cauteloso* y al célebre *Doctor Sancho Corre*.

Este Doctor es un hombre de chispa, enciclopédico, vivaracho, poeta y lenguaraz; hombre que siempre se distinguió por su buen gusto en la *toilette*, y del que no hay memoria en los archivos, catastros ni cronicones de que haya permanecido en silencio tres minutos seguidos.

Y al hablar de este simpático personaje, simpático por más que se esconda y sepulte dentro del enorme gaban que á manera de sudario no permite columbrar sino su peinada y rizada barba roja y las extremidades de su pulida y bien charolada bota; al hablar, repito de este simpático tipo, recuerdo una pésima quintilla, copiada á la letra de un romance morisco, que el acaso trajo á mis manos.

Es esta:

¡Oh carísimo Doctor!
Si largo y dadivoso fueras
Qual natura te crió locuaz,
Ni Cleópatra la esplendente
Pudíerose á tí igualar....

Y finalmente, envuelto entre las sombras de la moribunda luz, distínguese apenas la graciosa y picaresca faz del *Artista Tercerillas*.

¡Oh, este hombre me hace feliz! Vale un Perú. Vedle; tiene todos los accidentes y estructura de un gallo. ¿Quién como él se mueve y contonea con tanta gracia? Al levantarse estira y sacude sus piernas, dá un cuarto de quiebro, y se planta con todo el salero de la tierra de *María Zantísima*.

Es verdad que en sus primeros años se dedicó, por pura afición, al arte coreográfico, é hizo furor. Pero esto hubo de ser causa precisamente de que descuidando un tanto las reglas del arte gramatical, se le escapen de vez en cuando algun que otro *lapsus lingüis*. Pero en cambio tocadle las palmas y os bailará un *jaleo* tan seductor, que olvidando á Ambrosio, á la Petra y la Medina, concluirá por arrebatáros. Tiene un corazon tan puramente andaluz, que si le pedís un favor se sacrificará por serviros. Y si en el favor va envuelto el ruego ó la lágrima de una dama, entonces.... ¡Oh! entonces.... renuncio á la descripción.

Por las semblanzas que preceden, ya se comprenderá que no es fácil estar grave ni aburrirse en una sociedad como esta.

¡Qué algazara! Todos hablan, todos rien, y nadie se entiende.

—Silencio..... pronuncia la sonora y campanuda voz del presidente. Todos escuchan.—Mañana á las cinco de la tarde en las Delicias.

—Bien, muy bien, prorumpen todos.

Colombin, el guarda-canton de la sociedad, se prepara á cerrar las puertas. Todos se levantan.

—Un momento, señores, insiste el presidente.—Tú, *Zambombo*, que no falte *Joselito* con los perros.

—*Joselito*, *Joselito*..... todos rien..... ¡*Joselito* es una alhaja!

III.

Siete generaciones de cazadores constituyen el timbre más glorioso de *Joselito*.

Dicen que la tía *Inés*, al dar á luz este niño, exhaló un suspiro hondo y prolongado; suspiro sobre cuyo significado guarda silencio la historia; y echando una ojeada sobre su escuálida canastilla, lo envolvió en un capotillo de caza, fajándolo con la correa de un tahali viejo.

Los primeros ecos que sonaron en los oídos del párvulo, fueron los aullidos y ladridos de la jauría de su padre: fué su primer juguete el collar y cencerilla de un podenco; y las primeras palabras que balbuceó..... *Pulía*, *Golondrina*, *Gavilán*. Solo cuando tenía tres años, se le ocurrió decir papa y mama.

Bajo un techo, donde la honradez y la pobreza descollaban en primer término, pasó *José* la edad de la infancia; y sus ojos se acostumbraron á ver el mundo bajo el aspecto de cuatro sillas viejas, una mesilla de pino, carcomida por el tiempo, un velon de dudoso metal, el cuerno de la pólvora, la escopeta de su padre, una estampa de la Virgen de las Angustias, y la cornucopia de familia; el mueble de lujo que representara la esclarecida estirpe, los recuerdos venerables de los progenitores de *José*.

Su primera escursión, cuando pudo andar, fué al campo conduciendo la jauría á su padre.

Selvático y montaráz, se familiarizó con sus podencos: sus espíritus se entendieron, y los perros le adoraron.

Con tales matices y alegorías de la niñez, figuraos, pues, un hombre de treinta y pico de años, de mediana estatura, delgado, con la nariz pronunciada, ojos pequeños y vivarachos, pelo negro como el ébano, y un par de patillas pobladísimas, en forma de cuchilla de alabarda, pero de color rubio encendido; de voz áspera y atronadora; con un sombrero muy parecido á un bonete; calzonas de tesado, y una faja inmensurable, rodeada en vueltas mil á la cintura..... figuraos, pues, el tipo cual lo pinto, y tendreis á *Joselito* en cuerpo y alma.

¡Buen chico! pero *Salomón* le cerró las puertas de su templo, y le dejó á oscuras.

Como que el mundo que sus padres le enseñaron, se hallaba reducido á tan míseros y escasos términos, las ambiciones de *José* estaban circunscritas á sus perros y escopeta, y con ellos se creía feliz.

Y en verdad que los perros de *Joselito* no dejan de admirar por sus costumbres.

Apenas la aurora empieza á despuntar, la cónyuge de *José* abre las puertas de su chiribitil, y diez ó doce podencos, que han pasado la noche en la posada de la Estrella, ó sea bajo el celeste artesonado del corral, entran con alegres brinco y placenteros aullidos en la estancia de su amo; le saludan con vivaraces movimientos de cola, y todos le miran atentos esperando su mandato. Entonces *José*, con ademan severo, se levanta, les señala con el índice la puerta de la calle, y con voz de trueno les grita: *Á mariscar*.

La jauría alegre se avalanza entonces al portal, y ya en la calle, cada cual escoge el teatro de sus proezas de aquel día. Uno escoge la panadería; otro los puestos de pescado; aquel se sitúa al paso del gallego desprevenido, que dentro del cesto que del brazo cuelga, lleva á su amo la vianda; este otro acecha la comadre del vecino, que mientras charla y comenta los enredos de la vecindad, descuida el puchero, que acecha y toma por asalto el podenco. Y hay quien, más audaz, se constituye en centinela avanzado de un puesto de carnes, y á un volver de espaldas del dueño, carga con un trozo de vaca ó carnero, y con su presa en la boca atraviesa á la carrera el mercado en medio de los gritos y pedradas de los muchachos.

Hay más: cuéntase de un músico de la Ópera, que al llevar la despensa cotidiana para su carmitad, había guardado con cautela un trozo de rico jamon extremeño, que reservaba á espaldas de la cónyuge para cierta *dilletanti*, oficialita de sastre. Como que el jamon era contrabando, lo ocultó en el bolsillo trasero del faldon de su gaban.

La *Garbosa*, podenca de gran nariz, fina y maestra en los avances, cazaba de corto al músico tras el cesto de la despensa. De pronto, y al volver de una esquina, *cárgale el viento* del jamon, y ligera como el rayo tira un *chuzazo* al gaban, desgarrá el faldon con el contenido, y el músico, asustado, creyendo que lo asesinan, se tira al suelo dando gritos; la perra entonces corre y escapa como una exhalación, llevando en la boca el fragmento del gaban, hasta perderse en el laberinto de las calles.

Hay quien afirma que á la media hora entraba la podenca en su casa relamiéndose aun los lábios y depositando á los pies de su amo el trozo del gaban que tantos si-bemoles y calderones había escuchado, el cual vino á concluir en unas polai-

nas de campo que José utilizó á las mil maravillas.

Cuando los últimos rayos de Febo empiezan á declinar, vuelve la jauría á su casa, cansada pero satisfecha de los trabajos del día, y avalanzándose al lebrillo con agua que su amo cuida de tenerles prevenido, escoge cada cual su puesto donde pasar la noche, esperando la venida del nuevo día.

Es verdad que no todos estos habilísimos animales pueden ostentar el organismo de su estructura en perfecto estado de conservación. Á cual falta un ojo, á este el extremo del rabo, aquel se resiente de una pierna. Pero ¿qué cuerpo de ejército entra en acción que vuelva ileso?

El día que la jauría sale al campo, es avisada media hora antes del crepúsculo por unos cuantos estrepitosos silbidos de Joselito, y el ejército canino se estira, aulla, salta, brinca, y rodeando al amo, sale radiante de alegría; no sin dejar de dar de vez en cuando algún que otro salto en demanda del capotillo de José, donde este guarda el pan y el queso de su frugal comida.

(Continuará.)

N. MATEOS Y FUENTES.

EL NIDO DEL ÁGUILA.

Hacen las águilas de las razas grandes sus nidos en los peñascos más elevados y menos accesibles, poniendo generalmente dos ó tres huevos, y criando sus pollos con carne de la caza que cogen, y á veces con lagartos y otros reptiles que les llevan al nido. Es increíble la caza destruida por estas aves, sobre todo durante la época que media entre el nacimiento de los pollos y su desarrollo suficiente para que puedan buscarse la vida por sí mismos. Los pastores saben esto muy bien (al menos en España), y cuando descubren un nido de águilas en alguna peña á la que puedan alcanzar por una parte ó por otra por medio de varas ó cañas largas, y derribar con ellas la caza que dejan los padres sobre la plataforma donde se crían los pollos, en vez de acechar á las águilas para matarlas, haciendo perecer también la cría, ponen todo su esmero en ocultar á todo el mundo, y en particular á los vecinos y guardas, la existencia y posición del nido, para poderlo explotar ellos muchas semanas, sin cuidarse de los perjuicios que proporcionan á la caza, á las aves domésticas y hasta á los corderos y cabritos en ocasiones.

Estábamos unos amigos en un coto cerca de la sierra de Alcaraz, situado al principio de las sierras del reino de Murcia, en el cual se halla un cerro cuya altura no he medido por falta de instrumentos, pero que es muy grande, pues se alcanza á ver por Poniente muchas leguas de la

Mancha; por Mediodía, me aseguraron que unos montes lejanos estaban cerca de Granada; al Norte la Sierra de Chinchilla, y al Saliente todas las sierras del reino de Murcia, distinguiéndose hasta el reflejo del mar tras de las últimas. En lo alto de este cerro, llamado el *Burrucco*, hallamos restos de cimientos que indican, en mi opinión, que antiguamente hubo allí algún atalaya, confirmando en la creencia el encontrar por casualidad, al escarbar un poco, una parte de cráneo humano y varios otros huesos, cuyo estado indicaba siglos de antigüedad, pulverizándose con suma facilidad.

Cerrando este largo paréntesis, vuelvo á decir que al cruzar un valle cerca del indicado cerro, vi una grandísima águila que se dirigía, llevando algo en las garras, hacia su parte más elevada; y llamando sobre ella la atención de los compañeros, uno de los labradores que venía con nosotros dijo: «¡Apostaría que es el águila de Perillo!» Preguntéle lo que quería decir, y me contó que hacía algún tiempo que había tenido noticia de que el tal Perillo, pastor de las inmediaciones, tenía conocimiento de un nido, del que sacaba todos los días mucha caza, pero que ni el guarda ni nadie había podido averiguar su situación. Esto me incitó á probar si aún conservaba algún resto de mis conocimientos alpestrés, y seguido de dos amigos, me encaminé lo más en línea recta posible á la cima del cerro donde habíamos perdido de vista al águila.

Después de una hora larga de trepar por aquellas escarpadas breñas llegamos á lo alto, donde nos pusimos á descansar y observar cada uno por su lado si se veía á una ú otra de las dos águilas viejas. Nada vimos durante un gran rato, y dejando á mis compañeros en observación, me separé de ellos á explorar el terreno. El cerro es alargado en forma de sierra, bajando sus faldas de Saliente y Poniente con mucha rapidez, y en varios sitios formando precipicios de rocas muy respetables, haciendo algunas cornisas, de modo que una piedra que se deje caer desde arriba, llega sin tropiezo á 100 varas ó más de profundidad antes de tocar al suelo, siguiendo después su marcha al valle, dando enormes saltos y destrozando los pinos y maleza que halla á su paso. Hacia estos puntos era donde me dirigía guiado por el instinto del cazador y el conocimiento antiguo que tenía de los hábitos de las águilas, y después de examinar varios sitios que prometían, pero donde nada observé, me encaminaba á otro trozo de rocas, cuando sentí pasos á corta distancia; y sabiendo que no podía ser ningún compañero por venir en dirección contraria, me puse en observación detrás de un pino por lo que pudiera ocurrir. Á los pocos instantes vi que venía de abajo un hombre, al parecer pastor, que

conoci debía ser Perillo, y que se dirigía hacia donde yo tenía intención de ir. Llegando á la cresta, se paró y tendió una mirada recelosa al rededor, y no observando nada sospechoso, echó á andar como unos doscientos pasos, línea recta hacia las risqueras que ya tuve por indudable que ocultaban el nido, por lo que seguí sus huellas con precaucion para ahorrarme trabajo en su busca.

En esto mis compañeros, impacientes por mi ausencia algo prolongada, principiaron á llamarme, y el pastor, que se conoce no era lerdo, mudó al momento de direccion haciendo como que venia de otra parte, y caminando hacia el sitio por donde habia subido: esta evolucion me confirmó más y más en mis sospechas de que me hallaba sobre la pista.

R. A. M.
(Se continuará.)

EL CAZADOR DE COCODRILOS.

POR A. GARREAU.

(Conclusion.)

Aquel entusiasmo estaba justificado, porque en efecto, á los pocos momentos vimos aparecer una masa de blanco amarillento, en el sitio en que el punto negro habia agitado la superficie del lago.

Esta masa que flotaba sobre el agua era un enorme cocodrilo á quien la bala de un habitante del Kentucky, pasajero á bordo del *Saint-Mary*, acababa de herir en el ojo, y reaparecia tendido boca arriba.

Todos los puntos negros que yo habia tomado por otras tantas ramas, eran simplemente cocodrilos que hormigúean en el lago *Chicot*.

Con permiso del capitan se habia desamarrado uno de los botes del vapor, y varios marineros negros iban á buscar el monstruo flotante, mientras el habitante del Kentucky volvia á cargar tranquilamente su temible rifle.

Mientras los pasajeros se agrupaban en torno del cazador ó seguian con la vista á los marineros negros, el yankee habia permanecido inmóvil en la especie de nicho en que se hallaba, y ni por un solo momento le habia arrancado á su preocupacion lo que pasaba en derredor suyo.

Entre tanto los negros, con una porcion de precauciones que me admiraron, remolcaban hacia el vapor el cocodrilo tan hábilmente herido en la cabeza. Yo pregunté á un viajero que tenia cerca por qué aquellas precauciones.

—*It is not dead* (no está muerto) me repuso.

Miré de nuevo al reptil, y al ver su completa inmovilidad, me encogí de hombros, pensando que el americano habia querido burlarse de mí.

Diez minutos despues el monstruo era izado so-

bre el primer puente. Uno de sus ojos habia desaparecido y solo presentaba el sangriento agujero hecho por la bala; el otro estaba cerrado. El repugnante animal no hacia un solo movimiento, lo que acabó de convencerme de que el viajero que decia que no estaba muerto, habia mentido.

Con el auxilio de dos remos se le volvió sobre el vientre, y en el mismo instante, merced á un vigoroso impulso, el monstruo se puso sobre las patas. Yo lancé un grito de sorpresa y de terror, y me alejé prudentemente algunos pasos. Un pasajero le golpeó en la nariz con un baston, y el cocodrilo abrió una boca formidable armada de dientes agudos, que le llegaban hasta la garganta. Sus mandíbulas volvieron luego á cerrarse, haciendo un ruido semejante al de dos planchas que se golpean violentamente, y el baston, que era bastante grueso, se rompió entre ellas como una caña.

De pronto oimos un grito penetrante: levantamos la vista, y vimos al yankee inclinado sobre la galería superior, mirando al cocodrilo con una expresion imposible de describir. Luego saltando de la galería se dejó caer en medio de nosotros. Su mano buscó inmediatamente en el pecho un largo *Knife*, fiel compañero de todo habitante del Oeste y del Norte, y antes de que nadie hubiese podido adivinar su proyecto, se lanzó sobre el cocodrilo, á quien hirió en los ojos, en el cuello, en la cabeza, en la espalda y en todo el cuerpo, con una rabia inexplicable. Cada golpe iba acompañado de una especie de rugido; yo no he visto nunca un frenesí semejante.

Su posicion no estaba exenta de peligro, porque el animal, ciego felizmente desde el primer golpe, hacia horribles contorsiones. Su enorme boca se abría y se cerraba continuamente con un ruido espantoso. Su cola azotaba con fuerza el puente; nadie osaba acercarse para oponerse á aquella lucha insensata: el que se hubiera acercado, hubiera tenido tanto que temer del puñal del yankee, como de la boca del monstruo; el puente estaba cubierto de sangre; el cocodrilo se agitaba con furor, con desesperacion. El hombre heria una y otra vez; su brazo infatigable no hacia más que levantarse para volver á caer de nuevo hundiendo el puñal hasta el pomo en el cuerpo de su víctima. A cada golpe se oia la hoja destrozarse las duras escamas del terrible reptil: era aquel un espectáculo horrible é innoble, que á todos nos tenia admirados y suspensos.

La rabia del yankee duró tanto como las convulsiones del cocodrilo; cuando el animal estuvo bien muerto, y su cuerpo no respondia ya con ningun movimiento al puñal que le acerbillaba, el hombre cayó palido, fatigado y cubierto de sangre al lado del monstruo inanimado.

Los negros cortaron la cola del cocodrilo, pro-

metiéndose con ella una succulenta comida, y arrojaron el resto al lago.

El yankee volvió poco á poco de su fatiga y de su emocion. Cuando hubo hecho desaparecer las señales de su lucha salvaje, volvió á su cámara, de donde salió casi enseguida, llevando en la mano una carabina y yendo á colocarse en la proa del buque, desde donde contemplaba ávidamente el lago. Todo esto había pasado sin que dirigiese la palabra á ninguno de los pasajeros, y aun sin que pareciese haberse apercibido de nuestra presencia.

El niño había ido nuevamente á colocarse cerca de él, fijando en su persona con infantil curiosidad sus grandes ojos azules. El americano le vió, se inclinó bruscamente hacia él, le besó en la frente con un movimiento frénético, y le dijo en inglés con voz conmovida:

«Hijo mío: mientras seas niño, huye con cuidado de los lugares en que se encuentran los cocodrilos; pero cuando seas hombre y fuerte, haz á esos monstruos feroces una guerra sin tregua ni piedad.»

Estas fueron las únicas palabras que el sombrío viajero pronunció á bordo del *Saint-Mary*.

Las cabezas de los caimanes comenzaban á reaparecer en torno nuestro. El yankee levantó su carabina, y sonaron dos tiros á un mismo tiempo; los dos americanos acababan de hacer cada uno una nueva víctima. El yankee se volvió hacia su compañero, y le dirigió una mirada de gratitud: luego volvió la vista hacia el cocodrilo, á quien su bala acababa de herir, y cuyo vientre nos mostraba sus lucientes escamas, contemplándolo por un momento con una sonrisa de cruel satisfacción.

«*Hundred and twelve* (ciento doce)» murmuró entre dientes volviendo á cargar su carabina.

Cinco minutos despues otra detonacion nos anunció que acababa de matar otro caiman, y vimos en efecto á alguna distancia uno de esos reptiles agitándose en las convulsiones de la agonía.

«Ciento trece,» murmuró de nuevo: su encarnizamiento en perseguir y matar estos reptiles, me recordó la lágrima que le había hecho derramar la vista del niño, y las palabras que con voz conmovida le había dicho, y creí poder atribuirlo á alguna fúnebre catástrofe que había marcado fatalmente la vida de aquel hombre, catástrofe en la que algun niño, hijo suyo tal vez, hubiera sido víctima de un caiman.

Toda la tarde continuó haciendo disparos; y cuando la noche se extendió sobre el lago, entró en su camarote, despues de disparar por última vez su carabina de una manera igualmente victoriosa y que le había hecho murmurar por lo bajo: «Ciento veinte.» A la mañana siguiente habíamos dejado el lago *Chicot* sin percances, y navegábamos por otro lago más profundo y más vasto,

al que los americanos llaman *El Gran Lago*. Algunas horas despues, el *Saint-Mary* entraba en esa parte del *Teche* que partiendo de los lagos vá á perderse en los bosques y praderas de Attakapas. Allí, no teniendo peligros que temer, nuestro vapor volvió á emprender su rápida marcha, y los árboles de las orillas parecían pasar á nuestro lado como otros tantos fantasmas.

En Franklin, el cazador de cocodrilos desembarcó, y nosotros continuamos nuestro viaje. Nunca he sabido la historia del sombrío yankee, y he tenido que limitarme á hacer las suposiciones que dejo indicadas.

BIOGRAFÍAS DE CAZADORES CÉLEBRES.

ADOLFO DELEGORGUE,

EL MATADOR DE ELEFANTES.

(Continuacion.) (1)

Despues de algunos dias de marcha, respirando una atmósfera abrasadora, por medio de un país donde vegetaba una poblacion miserable, sin nacionalidad, sin poseer nada, ni aun el cultivo, ese moviliario de la tierra regado de lágrimas, porque los afanes son las lágrimas del cuerpo, nuestro héroe se lanza en persecucion de un avestruz, *ave gigante* de la que *Oppien*, poeta griego, ha hecho un animal fabuloso compuesto de gorrion y de camello. Más lejos se levanta á sus piés el lobo de ribera (*hyena fusca*), diferente por sus hábitos de la hiena ordinaria, al que se atribuye el cambiar de sexo todos los años. Animal inmundo que, valiéndome de las frases del autor, busca su alimento como el trapero en los bancos de crustáceos muertos y amontonados en las inmediaciones de los rios. ¡Singular coincidencia para un observador! La hiena del África Austral, alimentándose de cuerpos en putrefaccion, hace un servicio análogo al de los buitres y cuervos de nuestros climas, cuya mision parece ser la de limpiar los campos de cadáveres é inmundicias.

Pero aquel país se hallaba ya demasiado estudiado para que un viajero como el que nos ocupa, ávido de emociones nuevas, se detuviese allí mucho tiempo. La ciencia, el amor á los objetos de arte, de antigüedad y de historia natural; la necesidad de aprender, de recoger datos, de coleccionar, de marchar en fin sobre las huellas de los que han exhumado del polvo los últimos despojos del mundo antiguo y extendido los limites del moderno, todo esto es antes que la caza.

No es solo un simple cazador el que, dichoso con haber sorprendido una bandada de aves de todos colores, que se destacan como una

(1). Véase el núm. 6.*

ráfaga de fuego sobre el azul del firmamento, no hace uso alguno de sus armas, temiendo, como él mismo dice, profanar á la naturaleza. La caza en este caso es solo un pretexto para llevar á cabo nobles y filosóficos pensamientos, pintorescas descripciones, estudios juiciosos y profundos sobre los hombres y sobre las cosas. Leed, pues, estas páginas, en que tan pronto sentireis una alegría indecible como os amedrentarán terrores desconocidos.

Abandonando la villa de Cap, considerada como muy sana, pero cuyos habitantes están *acatarrados*, segun la expresion del alegre y espiritual narrador, se traslada al territorio de *Natal*, donde quizá no ha resonado nunca la detonacion de un arma de fuego; pais de bellísimas aves, de animales feroces y de insectos más feroces todavía. Admirad de un solo golpe de vista el magnífico cuadro que se presenta á sus ojos. Veinte cabezas de hipopótamos se destacan sobre la superficie de un rio, húmedas y amenazadoras. Á la derecha, una manada de búfalos; á la izquierda los elefantes ocupados en sus abluciones habituales..... Debajo del agua se dejan entrever los oscuros é inmundos cuerpos de los caimanes..... Despues, en *lontananza*, el *rugido de los leones*, y sobre los picos de las rocas el pequeño *fretín*, la hiena, el chacal, etc., etc., y *arrastrándose entre las algas del rio*, la serpiente *piton* (1).

¿Se presenta acaso cubierto de hierro ó protegido por misteriosos amuletos, el mortal que arrostra estos peligros? No; viste una simple blusa, y no lleva más armas que su fusil cargado con una bala de una mezcla de plomo y estaño. Es el pastor David frente al gigante Goliath.

Muchas veces, segun dice el autor mismo, que demuestra aquí una heroica modestia, aquellas bandadas de hipopótamos y cocodrilos de cabezas asquerosas y repugnantes, constituyan, más que una caza, una verdadera pesca de fusil.

Pero no han de faltar *seguramente ocasiones* en que podamos satisfacer nuestra inquieta curiosidad; el elefante, el rinoceronte, el búfalo, el leon mismo van á aparecer en escena, y como intermedio, allá en lejano horizonte, las aves más raras, desde el heroico *pico-fuerte*, guardian insintivo de los búfalos, hasta el pájaro mariposa.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sr. DIRECTOR DE La Caza.

Muy señor mio: Habiendo visto con suma satisfaccion el interés que V. se toma por el fomen-

(1) No debe confundirse ésta con la serpiente de mar.

to de la caza, creo no tendrá V. inconveniente en solicitar de las autoridades que pongan fin al abuso que se observa en Sabadell, Rubí, Castellar y otros pueblos vecinos, sin olvidar alguna casa de campo cerca de dichos puntos, en particular Sabadell, donde se prescinde por completo de la veda. Yo he visto hace pocos dias matar conejas y sacar del vientre de algunas los gazapillos, como tambien vender muchas perdices.

Si V. continúa en sus reclamaciones y consigna estos abusos en su Revista, se lo agradecerá su afectísimo seguro servidor Q. S. M. B.

UN SUSCRITOR.

Barcelona 13 de Abril de 1867.

Sr. DIRECTOR DE La Caza.

Querido amigo: Ya estamos en la veda; esta se ha inaugurado de un modo que parece formal, y esperamos los aficionados que sea una realidad. Para ello contamos con que hay cazadores entre los que pueden conseguir que se realice, y estos se hallan animados de los mejores deseos. El bando publicado por el señor gobernador civil de la provincia llena por completo los nuestros, y creemos conseguir diversion para Setiembre.

Nuestra despedida del monte la verificamos el domingo 31 del pasado varios amigos, entre los que se contaban algunos suscritores al periódico, tales como los Sres. Pardo Ulloa, Ibañez y otros; pero con la desgracia de que todos los conejos y liebres que matamos eran hembras, y estas cubiertas, lo cual fué una calamidad. Desde ahora, y con objeto de pasear nuestros perros, esperamos la entrada de las codornices.

Hay en proyecto la formacion de una sociedad para el acotamiento de terrenos y fomento de caza; y teniendo efecto, como esperamos, quizás logremos reunir en familia á los cazadores todos, y el dia que esto tenga lugar, trataremos de arbitrar medios para evitar el exterminio de la caza.

Seguimos todavia en cuestiones acerca del abono por alimañas muertas: habiendo presentado dos zorros al ayuntamiento de Culleredo, se ha negado el alcalde á satisfacerlos pretestando no tener fondos para ello, y además que no pensaba reclamarlos tampoco en los presupuestos que forme en lo sucesivo.

Conviene mucho, amigo mio, que no se desista por esa redaccion de gestionar acerca de un asunto tan vital para el exterminio de animales dañinos, que son en este pais en número fabuloso; pues careciendo de proteccion en los ayuntamientos para nuestras legítimas pretensiones, solo tenemos esperanza en la superioridad. Con este motivo se repite siempre suyo afectísimo.

A. L. DE BLANCHAR.

Coruña 4 de Abril de 1867.

CUATRO PALABRAS CON MOTIVO DE LA VEDA.

Los aficionados á la caza con reclamo de perdiz macho sentirán que haya pasado la época de su diversion, pues en Abril, como dice un refran muy vulgar, *mucho cantar y poco vivir*; y por cierto que este refran lo encuentro justificado, sin que por esto pretenda negar que con un buen reclamo, perfectamente adiestrado, puedan matarse perdices en este mes. Pero de todos modos, esta clase de caza puede darse por terminada en el presente año, y siento que aquellos de mis amigos, que á ella son aficionados, no hayan tenido un tiempo más propicio para disfrutar más y más de los encantos que el reclamo les proporciona.

Yo no soy partidario de esta clase de caza y sentiria tenerla afición, porque creo en conciencia que es uno de los males que más deben lamentar los verdaderos cazadores.

Hace pocos dias oí hablar con el mayor entusiasmo á cuatro aficionados al reclamo macho, refiriendo sus cacerías; y segun sus cuentas, habian muerto próximamente 32 perdices hembras: voy, pues, á permitirme hacer un cálculo del número de perdices que representan estas 32. Como algunas hacen dos crias, no es aventurado suponer que son 42 crias las que ha impedido el reclamo; y calculando 12 en cada una resulta $42 \times 12 = 504$. Es decir, que cuando estos señores se quejen de la escasez de perdices en la época en que solo se caza en mano ú ojeo, podremos demostrarles que ellos son la causa de que carezcan sus cotos, cuando ménos, de las 504 piezas referidas.

Yo celebraría que mis compañeros de afición desterraran por completo el reclamo macho, y alimentaran su diversion con el de hembra, que en nada absolutamente perjudica á las crias, teniendo además en cuenta que hasta el tiempo en que tiene lugar la caza de la hembra es hermoso, y los campos presentan una vista agradable, cubiertos de verde alfombra y exhalando delicados perfumes. Nada más pintoresco en este tiempo que, estando en el tollo ó puesto, ver amanecer y oír los cánticos de los pajarillos y de las aves de caza que saludan el nuevo día. Entonces es cuando goza el cazador, que oye á la perdiz, que está colgada, llamar á los machos del campo, y siente el fuerte vuelo de este que viene engañado por el reclamo, y vé despues correr los conejos y gazapillos en todas direcciones, y saltar la tímida liebre, á la que los rayos del sol indican que deben retirarse á la espesura..... Dejad pues, queridos compañeros, el reclamo macho, pues que la hembra proporciona diversion bastante sin perjuicio de las crias.

Á la vez que unas temporadas de caza termi-

nan, principian otras. Ya se deja sentir por los campos alguna que otra codorniz, siendo más que probable que para últimos del presente mes las tengamos por todas partes; esta es una caza muy divertida, á la vez que instructiva para los cazadores principiantes y para la enseñanza de los cachorros; pero yo aconsejo á todo aficionado que no haga estas cacerías, sino en los meses de Agosto y Setiembre, que es cuando deben verificarse en realidad, pues en el tiempo en que estamos, despues de estar muy flacas á consecuencia de sus largas expediciones, les es muy trabajoso á los perros cazar, así como al cazador, y además suelen proporcionar disgustos graves los guardas encargados de la custodia de los campos, por el mucho daño que se hace en los sembrados, sucediendo todo lo contrario en Agosto y Setiembre, en cuyos meses abundan por todos los rastros y vegas; además están sumamente gordas, y á los perros les es tan fácil cazarlas, que suelen volar dos y tres veces á una misma codorniz, y á su vez un perro nuevo puede con facilidad adiestrarse, lo mismo que el cazador novel, á causa de las muchas que se encuentran en aquellos meses, por haber hecho ya sus crias.

Comprendo la impaciencia de los apasionados por la caza en la época de la veda; pero deben tener en cuenta que es poco el tiempo que han de carecer de diversion. En fin de Marzo termina la caza del macho, y á principio de Abril empieza la de codorniz con reclamos artificiales, con red y con perro, y esta clase de caza continúa hasta que las codornices regresan á África. En Mayo se caza con reclamo hembra de perdiz, hasta mediados de Junio, que es cuando verdaderamente empieza la prohibición, concluyendo el 1.º de Agosto, en que se alza la veda con arreglo á la ley.

Terminaré manifestando que en Agosto y Setiembre, si bien abunda mucho la caza, no todos pueden verificar las cacerías, por lo mucho que se sufre con el calor excesivo y la escasez de aguas. Aconsejo, pues, á los cazadores, que salen al campo por mera diversion, que verifiquen sus cacerías en mano con perro desde el mes de Octubre, cuando caen las primeras aguas, hasta el 1.º de Marzo, en que entra la veda.

L. ORTEGA.

VARIEDADES.

LA CAZA DEL MIRLO.

POR ALEJANDRO DUMAS.

(Continuacion.)

—¡Vamos! repitió la misma voz: ¿no se me ha oido? He preguntado si entre estos señores hay alguno que sepa tocar cualquier instrumento.

—¡Ah, por vida de brios! dijo una voz que me

pareció ser la de aquel oficial joven; ahí está ese señor que sabe tocar el contrabajo, M. Lonet....

En aquel momento hubiera querido que me tragase la tierra. Me quedé quieto como un muerto.

—¿Quién es aquí M. Lonet? preguntó la misma voz; ¿es este?

Se acercaron á mí, me cogieron por el cuello de mi vestido de caza, y sin saber cómo me encontré de pie.

—Señores, ¿qué quieren Vds. de mí? les pregunté yo: por María Santísima, ¿qué quieren ustedes?

—Ea, no hay que asustarse, me dijo aquel bandido; no se quiere nada malo; al contrario, la cosa es muy agradable y divertida. Ocho días hace que estamos buscando por todas partes algún músico sin poderlo encontrar: desesperado estaba ya con eso el capitán. ¡Qué contento se va á poner ahora!

—¿Cómo! exclamé yo; ¿quieren Vds. saber si yo toco algún instrumento para presentarme al capitán?

—Eso es.

—¿Conque van á separarme de mis compañeros?

—¿Qué quiere V. que hagamos? Ellos no son músicos; si lo fueran....

—Señores, empecé yo á gritar: socórranme ustedes; socórranme, por Dios. ¡Ah, no tendrán corazón para dejarme llevar así de esta manera!...

—Estos señores harán el favor de estarse quietos sin rebullirse y boca abajo como están, hasta que pase un cuarto de hora. Entonces podrán echar á andar. En cuanto á ese oficial, dijo el bandido á los cuatro que le tenían sujeto, atadlo ahí á un árbol. Dentro de un cuarto de hora lo soltará el carruajero. —¿Oyes, tú, conductor? Si lo desatas antes de un cuarto de hora, te juro que te has de acordar de mí, de Picard.

El conductor dijo algo entre dientes como quien prometía cumplir aquella orden. En cuanto á mí, no tenía fuerza para resistirme; un muchacho me hubiera podido precipitar por aquellos despeñaderos, cuanto más dos hombrones como los que me tenían agarrado por el pescuezo.

—¡Vamos arriba! ¡Deprisa! dijo el ladrón, y muchísimo cuidado con el músico. Si se resiste no hay que arrearle sino como sabeis.

Me entró la curiosidad de saber como me habían de arrear en el caso de hacer alguna resistencia, y empecé á resistirme; señores, me sacudieron un puntapié que me hicieron ver todas las estrellas del firmamento. No hay que decir, por consiguiente, que con este aviso eché á andar más tieso que un palo.

Los ladrones se encaminaron hacia la montaña, cuya cumbre parecía tocar en el cielo. A los quinientos pasos, poco más ó menos, atravesamos un torrente, después un pinar inmenso; por fin cuando salimos de él, divisamos una luz.

Continuamos en aquella dirección.

La luz salía de una pequeña venta situada en un camino de travesía, y á los cincuenta pasos antes de llegar hicimos alto. Se adelantó uno solo de aquellos bandidos á reconocer el sitio. Dió después tres palmadas, sin duda para indicar á Picard que podíamos pasar adelante, porque los ladrones echaron á andar cantando, cosa que no habían hecho desde que salimos del camino real.

Yo me figuré al poner el pie en la puerta de la venta, que según la algazara que se oía, se encontraban allí reunidos todos los demonios del infierno.

—¿Ove stá il capitano? preguntó Picard al tiempo de entrar.

—Al primo piano, respondió el ventero.

¡Calla! parece que ya tienen un primer piano, dije yo para mí: este hombre tiene frenesí por la música.

To los los bandidos subieron la escalera, menos dos que me hicieron sentar en un rincón de la chimenea, sin quitarme ojo: el uno se había adjudicado ya mi escopeta, y el otro mi morral. En cuanto á mis 100 escudos y la sortija, se habían vuelto completamente invisibles.

A pocos instantes gritaron desde lo alto de la escalera á los que me guardaban, algo que yo no pude entender; pero otra vez me echaron mano al cuello y me empujaron hacia la escalera, por lo cual conocí que me habían llamado desde el piso de arriba.

Y no me engañé: al entrar ví al capitán de aquella gente sentado delante de una mesa que estaba completamente surtida, con una infinidad de botellas de todos tamaños y figuras. Junto á él se hallaba sentada una muchacha, joven, lindísima y muy graciosa.

El capitán era hombre de unos treinta y cinco á cuarenta años; lo que se llama un arrogante mozo. Estaba vestido como los ladrones de la ópera cómica, con un traje de terciopelo azul, con faja encarnada y borlas de plata, de modo que yo me figuré encontrarme en una representación de aquella especie. Si aquel hombre hubiera creído por este medio intimidarme y sorprenderme, no lo hubiera logrado ciertamente.

La joven estaba vestida como las mujeres de los alrededores de Roma, y después las he visto lo mismo en los cuadros de un tal Robert: es decir, que llevaba un justillo bordado de oro, una saya corta de muchos colores, y medias encarnadas: en cuanto á los pies no hay que hablar, porque eran tan pequeños que apenas se veían. Como se me había pasado el primer susto, estaba ya sereno y reparé al instante en que aquella ladronzuela tenía en su dedo el solitario que me habían robado; lo cual, además de la compañía en que tenía la desgracia de encontrarse, no me hizo formar muy buen concepto de la moralidad de aquella muchacha.

Al entrar por la puerta me soltaron los ladrones; pero se quedaron en el último tramo de la escalera. Anduve algunos pasos, y después de saludar primero á la dama, en seguida al capitán, y por último á toda la concurrencia, me quedé parado esperando que dispusiesen de mí.

—Aquí está el músico que me tenía V. encargado, dijo Picard.

Entonces hice otra reverencia al capitán.

VI.

—¿De qué país eres? me preguntó el jefe de los bandidos con acento italiano muy pronunciado.

—Excelencia, soy francés.

—Ah! cuánto me alegro, dijo aquella joven.

También me causó á mi placer el ver que, poco ó mucho, todo el mundo hablaba el francés.

—¿Eres músico?

—Yo soy cuarto bajo del teatro de Marsella.

—¡Oiga! dijo la joven.

—Picard, haz que traigan un instrumento para el señor.

Y volviéndose después á su querida, la dijo:

—Ahora espero que ya no habrá dificultad para que tú bailes, mi querida Rina.

—Yo no la he tenido nunca, respondió ella; pero ya conoces que sin música me era absolutamente imposible hacerlo.

—Lo que dice esta señorita es una cosa evidente y exactísima, excelencia: esta señorita no podía de ningún modo bailar sin música.

—*Non c'è strumento, non ho trovato l'istrumento*, dijo uno de los ladrones asomándose á la puerta.

—¿Cómo que no hay instrumento? gritó con voz de trueno el capitán.

—Capitán, juro que no se ha encontrado el menor instrumento.

—¡Bestia! gritó el capitán.

—Señor capitán, dije yo entonces, ese valiente no ha dado motivo para tanto enojo: estos señores me han registrado en todas partes, hasta debajo de mi almilla de franela, y si yo hubiera llevado algun violonchelo ó contrabajo, seguramente lo hubieran encontrado; pero no los traía conmigo.

—¿Y cómo es que no traías tu violon?

—Suplico á vuecelencia que se convenza de que si yo hubiera podido adivinar su predilección hacia este instrumento, no uno, sino dos, hubiera traído conmigo.

—Bueno está, dijo entonces el capitán; que salgan en este mismo instante cinco hombres y vayan á Siennes, á Volterra, á Grosseto, adonde se les antoje; pero mañana por la tarde, sin falta ninguna, he de tener aquí un violon, y cuando le hayan traído tú bailarás, ¿no es verdad, mi hermosa Rina?

—Sí; yo estoy dispuesta siempre á complacerte, y no puede ser otra cosa siendo tú tan complaciente conmigo.

—¡Ah! picarilla, dijo el capitán dándole un beso; bien persuadida estás de que haces de mí lo que te dá la gana.

—¡Bien! delante de todo el mundo, dijo Rina; ¡bueno está eso!

La reconvencción inspirada por un resto de pudor, me dió ya mejor idea de aquella jóven. Por otra parte ¡cosa estraña! cuanto más la miraba, más me parecía que su figura no me era desconocida. Sin embargo, aunque yo hubiera querido, no podía traer á mi memoria haberla visto nunca entre tal especie de gentes.

—Pero, amigo mío, dijo entonces aquella jóven al capitán, tú no te has acordado de preguntar á este buen hombre si tiene hambre.

Esta atención me enterneció.

—Es verdad; ¿tienes hambre?

—De veras señor capitán, le respondí; ya que tiene V. la bondad de preguntármelo, confesaré francamente que solo hice una y muy mala comida en Scartino, de suerte que no me vendría mal alguna cosa.

—Ea pues, siéntate á la mesa.

—¡Señor capitán!...

—Vamos á la mesa, dijo Rina con un semblante muy cariñoso. Fuera cumplimientos con Tonino, que es un amigo verdadero y muy franco, y conmigo que soy paisana vuestra.

—¡Ah! ¡El señor capitán se llama Tonino? Bonito nombre y muy músico.

—Se llama Antonio, me dijo Rina sonriéndose; pero yo le llamo Tonino: un nombre de cariño.—Entonces le miró con tanta gracia, que San Antonio mismo se hubiera conmovido;—y últimamente, yo le llamo así porque le quiero; ea, ya está dicho.

—¡Incantatrice! dijo entre dientes el capitán.

Mientras tanto, me habían arrimado una silla á la mesa, y colocado un cubierto, con todas las atenciones y miramientos que Vds. se pueden figurar. Ya conocí que, en último resultado, mi situación al lado de M. Tonino iba á ser algo más llevadera que lo que había creído al principio, y que podía esperar algo del tratamiento y distinción debida á un artista.

Habían puesto el cubierto en la misma mesa en que acababa de cenar el capitán, de modo que Rina, por su misma mano, tenía la bondad de presentarme los platos y charme de beber, lo cual me permitió reconocer perfectamente que era mi solitario el que brillaba en su mano. De cuando en cuando levantaba la vista para mirarla, porque cuanto más la veía más me convenía, señores, de que la había visto otra vez. Mientras tanto el bandido se entretenía en retorcerse el bigote, y esto le valía algunos golpes en la mano. Entonces él solía repetir: ¿con que tú bailarás, mi querida Rina? y ella respondía: puede ser.

Después que hubo cenado, viendo Rina que me estaba cayendo de sueño, me dijo que podía retirarme á descansar. Aunque era una desatención el bostezar (esto no lo digo por V., M. Jadin), no podía contenerme, y bostezaba de tal manera que, al parecer, se me iban á dislocar las quijadas. Por consiguiente, no aguardé que me lo dijeran dos veces; pedí la cama y me fui á acostar.

Estuve durmiendo quince horas seguidas, y ya estaban deseando que me despertase. Habían tenido la atención de no llamarme y dejarme dormir á todo mi placer; proceder que no era de esperarme de parte de un capitán de bandoleros, y que me pareció muy fino y delicado. Apenas me oyeron estornudar (yo tengo la costumbre de estornudar cuando me despierto), entraron en mi cuarto con cinco violonchelos nada ménos: cada uno de los enviados había traído el suyo.

—¡Bravísimo, dije yo; de resultas de esto, va á subir en estas inmediaciones el precio de los contrabajos.

Esta ocurrencia hizo sonreír al capitán.

Escogí el mejor, y los otros cuatro sirvieron para quemarlos en la chimenea.

Hecha mi elección, me mandaron tomar el instrumento y pasar á otra pieza donde ya se me esperaba para comer; ya comprenderán Vds. que no me haría esperar mucho. Los preparativos eran los de un gran banquete. Había una mesa para el capitán, Rina, Picard y yo; y siete ú ocho mesas más pequeñas para el resto de la cuadrilla. En el fondo de la sala, no bajarían de trescientas bugías las que estaban encendidas: aquella brillante iluminación me hizo sospechar al instante que íbamos á tener baile.

La comida fue muy alegre; aquellos bandoleros eran gente muy campechana; el capitán principalmente tenía un humor divertidísimo. Es verdad que Rina no se descuidaba en hacerle toda especie de cariños y finezas.

Concluida la comida, la dijo el capitán:

—Ya sabes lo que me has prometido, mi hermosa Rina.

—¡Está bien! ¡caso me niego yo á cumplirlo? respondió aquella jóven sonriéndose.... de veras que su sonrisa era muy hechicera.

—Pues ea; entonces anda á vestirté; pero no tardes mucho.

—Pon sobre la mesa el reloj.

—Ya está aquí.

—Solo pido un cuarto de hora; ¿te parece mucho?

—¡Oh! no, seguramente no; respondí yo.

—Anda, pues; pero no más que un cuarto de hora.

Rina, más ligera que un gamo, se salió por la puerta del fondo; la que estaba entre las bugías encendidas.

—Y tú, dijo el capitán, señor músico, espero que te portarás como es debido.

—Haré cuanto pueda y cuanto sepa.

—Enhorabuena; y si me dejas contento, te haré devolver tus cien escudos.

—¿Y mi solitario, capitán?

—¡Oh! en cuanto al solitario, es preciso contarle entre los muertos. Además de eso, tú ya has visto que lo lleva Rina, y me parece que eres demasiado galante para exigir que te lo devuelva.

Yo hice un gesto como quien consentía en ello. y al parecer quedó el hombre satisfecho.

—Ea, muchachos, dijo el capitán dirigiéndose á sus bandoleros; os voy á dar una función magnífica, que no la tienen mejor ni los cardenales. Espero que quedareis contentos, ¿eh?

—¡Viva il capitano! respondieron todos los bandidos.

En aquel momento se presentó Rina en la puerta, y de un salto se puso en medio de la sala.

Se había puesto un traje de odalisca con un corpiño de plata, un gran chal de cachemira que le servía de cinturón, una faldeta corta de gasa que no la llegaba á la rodilla, y otros adornos que completaban y aumentaban la gracia del vestido.

Con semejante traje estaba verdaderamente encantadora.

—Me agarré á mi contrabajo, y se me figuraba estar en el teatro de Marsella.

—¿Qué es lo que quiere V. bailar? le pregunté yo.

—¿Sabe V. el tema de aquel paso del chal, en el baile de Clary?

—Sí señora, precisamente es mi tema favorito.

—Pues bueno, empiece V.

Empecé á tocar el ritornelo, y los bandoleros se pusieron en círculo.

(Continuará.)

CRONICA.

SS. MM. los Reyes de Portugal llegarán el 22 del actual á esta corte, donde permanecerán cinco días, preparándose en su obsequio brillantes festejos. Uno de estos será una magnífica cacería Real, que está disponiendo el Excmo. señor Montero mayor de nuestros Augustos soberanos.

La cacería tendrá efecto en la posesión de El Pardo, y no en la de Aranjuez, como equivocadamente ha dicho uno de nuestros estimados colegas.

Nuestros suscritores leerán en las columnas de LA CAZA una reseña de esta brillante fiesta.

Con el título de *El Mosáico* ha empezado á publicarse en esta corte un periódico de literatura, ciencias, artes, teatros, equitación, caza, pesca, modas y anuncios. Al frente de esta interesante publicación se halla nuestro amigo don Luis Chinchilla, á quien ya conocen los lectores de LA CAZA.

Deseamos á nuestro nuevo colega larga cosecha de suscripciones, y le damos las más expresivas gracias por las afectuosas frases que nos dirige.

Hace pocos días se dió una batida en el Real sitio de El Pardo, que dió por resultado la muerte de algunas zorras, animales que, como saben nuestros lectores, son tan perjudiciales á la caza.

Hemos sabido con gusto que en los alrededores de Madrid se ejerce alguna vigilancia con los cazadores de oficio, que olvidan el respeto á la veda, habiéndose asegurado que hace algunos días era difícil cazar con el reclamo macho, á los que no podían hacerlo en terrenos de su propiedad.

La autoridad civil de la Coruña y algunas otras han dictado también medidas sobre el particular.

Sabemos también de algunos cazadores que se afanan porque la veda sea un hecho.

Felicitamos á las autoridades y á los particulares que trabajan en este sentido.

Entre los donativos con que se ha enriquecido últimamente el Museo de antigüedades de Bruselas, citase una colección de armas de los indígenas de Australia, enviadas por el cónsul de Bélgica en Sidney.

Las reuniones de la Junta de ganaderos del Reino se celebrarán este año en la casa de la corporación, calle de las Huertas, núm. 30, dando principio el día 25 del presente mes de Abril á las once de la mañana, y serán presididas por el Excmo. señor marqués de Perales, presidente de la asociación.

Parece que el señor ministro de Fomento, con objeto de ilustrar las cuestiones promovidas por el Director de este periódico, en la solicitud que recientemente le ha presentado, ha creído oportuno oír la opinión de la Asociación de ganaderos del Reino. Confiamos en la ilustración de los individuos que componen esta corporación, que secundarán el celo del señor ministro y el interés que demuestra en todos los asuntos del servicio público.

Ajustado ya este número, hemos recibido la primera carta sobre la Exposición de París, que nos vemos precisados á dejar para el próximo.

Por todo lo no firmado,
El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.
Imprenta de M. Tello, San Márcos, 26.